

CANCEL DE QUERO

RICARDO IZQUIERDO BENITO
Numerario

Esta pieza, conocida como el cancel de Quero, fue publicada por Susana Cortés Hernández, Francisco Javier Fernández Gamero y Estrella Ocaña Rodríguez en las actas del congreso celebrado con motivo del XIV centenario del III Concilio de Toledo el año 1989.

Se encontró en el año 1983 en el lugar denominado «Los Molinos», en la zona norte de la población de Quero, próximo a la ermita de Nuestra Señora de las Nieves. Apareció a 40 cm. de profundidad al realizar labores agrícolas. Se fragmentó en dos durante su extracción. Cerca se encontró una placa lisa, de arenisca rojiza, de la que no se puede señalar que perteneciese al mismo conjunto.

El lugar del hallazgo se encuentra cerca de la antigua vía romana de Emérita a Cesaraugusta del Itinerario de Antonino, cerca del camino de Laminio a Titulcia, es decir, en un lugar que entonces estaba bien comunicado. En las inmediaciones se han encontrado restos prehistóricos, de la Edad del Bronce y del Hierro, y materiales de época romana. Lo cual es una señal de que esta zona contó con población desde muy antiguo.

a) Descripción de la pieza.

Se trata de una placa de granito gris claro de grano fino. Mide 1,41 m. de alto y 0,71 de ancho, y en torno a 9 centímetros de grosor. La cara posterior está alisada, aunque no los laterales. Por sus

características tipológicas, perteneció a un cancel de una iglesia visigoda.

Los cancelles, formados por varias placas pétreas y colocados verticalmente en el interior de las iglesias, cerraban el acceso al presbiterio (*sanctuarium altaris*), lugar reservado a los oficiantes. Generalmente estaban decorados con motivos muy diversos, aunque, lógicamente, tendían a predominar los temas eucarísticos.

Este cancel de Quero presenta una decoración tallada a bisel en uno de sus frentes con diversos repertorios decorativos encuadrados por una moldura plana. Toda la decoración, con motivos vegetales y geométricos, está compuesta en torno a un eje de simetría.

Motivos vegetales.

El motivo central, con unas medidas de 94 cm. de alto y 32 de ancho, tiene una estructura vertical y está enmarcado por una moldura muy estrecha. En el centro presenta una forma arborescente que podría identificarse con una vid que surge de dos troncos marcados por un sogueado, que se unen en la parte superior. En la parte central se ramifican dos racimos que penden de dobles zarcillos. Los racimos en su interior están tallados con líneas curvas en espiga y con granos en la parte inferior. Se representan muy estilizados y parecen una derivación de la denominada «palmeta toledana». El racimo en el cristianismo siempre es símbolo de Cristo y del sacrificio.

Del mismo tallo que los racimos surge hacia arriba una hoja lanceolada rellena de líneas curvas, que se encuentra flanqueada por dos palmas de acanto afrontadas, de cuatro hojas cada una, que surgen de tallos secundarios.

La vid se desarrolla entre dos veneras similares, con las charnelas hacia abajo y nueve gallones en su interior. Podrían enmarcarse en un cuadrado de 25 cm. de lado. Están ocultando, en la parte inferior y superior, el tallo de la vid. En la parte superior asoman dos racimos.



Por encima del motivo central se encuentran dos palmas de acanto de tres hojas abiertas y en el centro, entre ellas, una pequeña hoja almendrada. En la parte inferior hay tallados dos racimos similares a los anteriores, inclinados y vueltos hacia arriba. El izquierdo muy mal conservado. Entre ambos encontramos dos hojitas almendradas. Debajo de los racimos hay sendas volutas.

Motivos geométricos.

En los laterales del motivo central que acabamos de describir, se desarrolla una cenefa rectangular de nueve círculos tangentes con semicírculos secantes en cada lado. En la composición se originan rosetas de cuatro pétalos, con pequeñas bolas en los espacios intermedios centrales. Entre los de los círculos secantes se han tallado pequeños pétalos triangulares, lo que supone que apenas se dejan espacios libres. Este es un motivo decorativo muy utilizado en época visigoda y parece derivar de composiciones geométricas de mosaicos tardorromanos. Se utilizan generalmente para cenefas en escultura tanto arquitectónica (cimacios y molduras) como litúrgica (como es el caso de este cancel), y en piezas de orfebrería.

b) Análisis simbólico.

La decoración que presenta una pieza como esta, que estuvo asociada a un contexto religioso, refleja una gran carga simbólica en cada uno de los elementos que la componen. No se trataba solamente de decorar, sino de reflejar un contexto sagrado, aunque el significado de los mismos solamente estuviese al alcance de los iniciados.

Si nos fijamos en los motivos vegetales, el que más destaca es la representación de una forma arborescente que pudiera identificarse con una vid. Aparece enmarcado en la parte central de la pieza para resaltar su importancia. Este elemento simbolizaría el *Árbol de la Vida*. Parece que tiene un origen en Babilonia, de donde pasó al mundo hebreo y de ahí al cristianismo. Desde la antigüedad más remota se han conferido al árbol virtudes extraordi-

narias por ser considerado una manifestación de la existencia divina. Muchas religiones han creído en un árbol o planta cuyos frutos proporcionaban la inmortalidad a quien comiera de ellos.

El árbol representa, en el sentido más amplio, la vida del cosmos, su generación y regeneración. Como vida inagotable equivale a inmortalidad. El simbolismo deriva de su forma vertical que se transforma en eje. El árbol recto conduce una vida subterránea hasta el cielo, y de ahí su asimilación a la escalera o a la montaña, como símbolos de la relación más generalizada entre los «tres mundos»: el inferior o infernal; el central o terrestre, y el superior o celeste. El cristianismo le reconoce esa significación esencial de eje entre los mundos. Coincide el árbol también con la cruz de la Redención. Y en la iconografía cristiana la cruz está representada muchas veces como árbol de la vida. La línea vertical de la cruz es la que se identifica con el árbol y como eje del mundo.

En el caso del cancel de Quero, el árbol aparece representado como una vid. En el Antiguo Testamento, la vid representa al pueblo de Israel y es considerada como un árbol sagrado y mesiánico, así como un símbolo de la inmortalidad. En el Nuevo Testamento, la vid simboliza el Reino de los Cielos y sus frutos la Eucaristía. También se utiliza como símbolo de Cristo. Así como la uva tiene un doble significado de sacrificio y fecundidad, el vino aparece con frecuencia simbolizando la juventud y la vida eterna.

A lo largo del siglo VII también empezaron a proliferar las representaciones de palmeras o palmetas, con racimos de dátiles. La palmera parece haber asumido la lectura eucarística de la vid y pasó a identificarse con el árbol de la vida apocalíptico.

En el arte antiguo son muy frecuentes las representaciones arborescentes con frutos en torno a un eje vertical. Otras formaciones vegetales con la misma simbología de la vid, son los roleos y tallos ondulados con racimos y hojas o pámpanos, muy frecuentes también en la escultura visigoda.

Por lo que respecta a las veneras, estas de Quero se pueden inscribir en un cuadrado, pero también en un arco de herradura. La

utilización en el arte de este tipo de piezas, que son conchas marinas, arranca del mundo clásico. Como elementos arquitectónicos y decorativos conforman edículos o nichos en los que se acogen temas o símbolos religiosos, por lo que se ubicaban en los espacios más sagrados de los edificios de culto. En el cristianismo en las veneras se colocaban los símbolos de Cristo, principalmente el Crismón. Al tratarse de conchas, también pueden tener una conexión con el agua y con el bautismo.

En cuanto a la hoja de acanto, en la Edad Media fue investida de un preciso simbolismo derivado de sus dos condiciones esenciales: su desarrollo (crecimiento, vida) y sus espinas. De las espinas se deriva también una simbología relacionada con la conciencia y el dolor del pecado. La asociación de veneras y hojas de acanto también es frecuente en otras piezas de la época.

Las flores o rosetas cuatripétalas que se generan con el juego de círculos tangentes y secantes también han de tener una simbología. Es posible que por su forma (cuatro pétalos) puedan suponer una representación esquemática de la cruz. De cualquier manera, la flor, por su forma, es una imagen del «centro» y, por consiguiente, una imagen arquetípica del alma.

Como puede deducirse, este cancel de Quero tiene un marcado simbolismo litúrgico, no solo por su funcionalidad, sino por su temática decorativa. Son muchos los símbolos y las interpretaciones que encierra. Otra cosa es que los fieles que lo contemplaban en el interior del templo en que se hallase, supiesen captar los mensajes que escondía.

c) Cronología y posible procedencia.

Por sus características formales y artísticas, esta pieza se elaboró en el siglo VII, posiblemente en su segunda mitad. Cabe pensar que su lugar de ejecución pudo haber sido la ciudad de Toledo que fue un foco muy importante en la talla de elementos arquitectónicos, tanto para edificios religiosos como civiles.

Hay un detalle significativo y es que la pieza no es de mármol, sino de granito, lo que nos lleva a pensar que, a pesar de su indudable calidad ejecutiva, se utilizó en un contexto modesto, como parece también sugerir el ámbito rural en el que se encontró. Al haber aparecido en un lugar cercano a la ermita de Nuestra Señora de las Nieves, ello nos podría permitir aventurar que posiblemente el actual edificio pudiese haber estado construido sobre otro anterior del que podría proceder el cancel. Una excavación en este lugar permitiría poder confirmarlo.

En cuanto al origen de su construcción, desconocemos si fue una fundación de la Iglesia oficial visigoda con el objetivo de crear núcleos de cristianización en el ámbito rural (que también solían conllevar la existencia de un baptisterio, elemento fundamental para la integración de los nuevos adeptos en un sistema parroquial). También es posible que se tratase de una fundación privada (iglesia propia), de un particular que, a sus expensas, costeó la construcción del edificio con la finalidad de servir como lugar de su enterramiento y el de su familia. Situación similar a la de Melque, aunque en este caso la iglesia estuvo asociada a un monasterio cuyos monjes atendían al culto.

De haber sido así, en Quero parece que el fundador de la iglesia no habría sido un personaje poderoso perteneciente a la élite aristocrática de Toledo, como incluso la propia calidad de la pieza parece sugerir, aunque sí tenía que tener una base económica significativa. Posiblemente fuese un terrateniente, no sabemos si de origen hispanorromano o visigodo, o producto ya de un mestizaje, que hubiese sido propietario de una cierta extensión de tierras en esa zona y que residiese no ya en una suntuosa villa -como en tiempos romanos-, sino en una de las construcciones fortificadas que las fuentes escritas denominan *castrum* o *turris*. No sería, por tanto, como uno de esos grandes personajes vinculados al poder político y residentes en Toledo que se construían grandes residencias temporales en el campo, como es el caso de Los Hitos.

También nos podemos preguntar qué pudo haber pasado con esa iglesia a la llegada de los musulmanes. Tal vez se mantuvo como tal, al servicio de un grupo mozárabe, o se convirtió en una mezquita, para lo cual le tuvieron que añadir un *mihrab* en uno de sus muros. Pudo haber vuelto a ser iglesia a raíz de la repoblación de estas tierras en el siglo XII. Hasta cuando permaneció en pie lo desconocemos, y este habría sido el momento en el que sus elementos arquitectónicos habrían comenzado a dispersarse. La presencia de la actual ermita en las inmediaciones del hallazgo no deja de ser significativa, pues este tipo de edificios, normalmente, suelen estar ubicados en lugares con connotaciones religiosas previas, como una manera de perpetuar el carácter sagrado del espacio cultural.

Para poder corroborar todas estas preguntas, sería necesario, como ya he señalado anteriormente, realizar excavaciones en la ermita, en cuyo subsuelo se pueden encontrar los restos del edificio en el cual adquiriría todo su sentido el cancel que aquí nos ha reunido.